

DE LA MISERIA DE LA UNIVERSIDAD A LA UNIVERSIDAD DE LA MISERIA



Entre la solemnidad que confiere la condición de profesor universitario, el engolamiento de la voz, y el postín de quien se sabe habitante de las sombras que vencen a la casa, los académicos están anonadados.

En su clímax, el ambiente de desastre, de catástrofe que se cierne sobre la institución es el tema dominante en el sentir colectivo, salvo, las siempre honrosas excepciones. Los temores de la muerte, el recuerdo del holocausto, las cacerías de brujas, las clausuras de los claustros, en suma, el fin de la universidad o la universidad del fin, estimulan la sensación imaginaria de los estertores de los agónicos.

La universidad está acosada por fantasmas que quieren su muerte, gritan unos; la academia deberá cerrar, responden los otros, el fin está cerca, cantan los corifeos, las autoridades no pierden oportunidad para dramatizar sobre el leviatán que pretende devorar a la institución. Unos y otros, con matices diferenciales, dan fuerza a la plañidera que pretende convencernos de que el fin ya viene. Y no dejan de tener de tener razón porque en el imaginario paranoico, pronto, los letrados, los científicos y científicas, los sabios, los técnicos, los empíricos, los licenciados, los doctores, los magíster, los bachilleres, serán una especie en extinción, el recuerdo difuso de pasados momentos de gloria. No hay resignación ni consuelo para tanto desatino. Nada ni nadie logra aplacar los temores y angustias de los que aún se resisten a morir. De eso se trata, según lo proclaman a viva voz: la universidad está condenada a morir porque el órgano público a quien le compete su financiamiento ha decidido a estrangularla, anularla, suprimirla. Y la reacción no se hace esperar. Como cuando alguien que no corresponde a los códigos del lugar lo invade, como si un infiel tocara las reliquias sagradas, atropellara los lugares santos, los académicos perciben que los bárbaros acechan y se desatan incontroladamente las vísceras, las emociones de los guardianes del templo del saber. El candil de la razón se ha vuelto menesteroso en medio de una atmósfera ahíta de fogosidad y exaltación.



LA UNIVERSIDAD
ESTÁ ACOSADA POR
FANTASMAS QUE
QUIEREN SU MUERTE



Las inferencias son obvias: la universidad está “técnicamente cerrada”, se ha producido “un golpe contra la institución”; “el cerco contra las universidades se amplía”. Tan siniestras circunstancias no pueden menos que provocar el terror. El pánico hace presa a los universitarios, y como bien sabemos, todo pánico produce efectos paralizantes pues los músculos se agarrotan, se entumescen, se endurecen, antesala del hundimiento, del ocaso. El miedo se alimenta de un terrible individualismo insolidario, porque la única alternativa es “sálvese quien pueda”. Para exorcizar a los demonios, para neutralizar el inmovilismo, se organizan marchas, movilizaciones sociales para que los músculos se distiendan, se oxigenen, se plenen de energías, pero también para insuflar ánimos, para sentirse acompañados, para comprobar que un colectivo está sintiendo lo mismo.

En medio de tan negro panorama, aun en circunstancias adversas, no faltan los que pretenden intentar alguna salida. La máxima autoridad, luego de poner a trabajar a su equipo contable con la tarea de encontrar vericuetos por donde el ahorro sea una posibilidad de salvación, y en un despliegue de increíble originalidad y austeridad, ha decidido suspender las colaciones o “*coffee break*” en los Consejos Universitarios, de manera que a partir de ahora los miembros de tan importante centro de decisión deberán hacer una colecta para comprar una cafetera y cada uno proveerse de “loncheras” para llevar las energías reparadoras que el intelecto necesita, sobre todo cuando en las alturas del poder los mareos son una amenaza permanente. Quizás el entusiasmo que provocó tan relevante iniciativa estimuló a un decano a proponer una rebaja en los salarios, desde luego en los ingresos de otros, no en los de su gremio.

La sensación de descalabro, el olor nauseabundo de la muerte, provoca el desquiciamiento de la razón. Por eso, el recorte presupuestario solicitado por el Gobierno nacional a las universidades, se traduce, en el caso de la ULA, en un tajo del 52%, es decir, la institución ha sido jibarizada a más de la mitad por una manera singularísima de “sinceración presupuestaria”, por consiguiente, según las voces agoreras, lo que viene son despidos masivos, cierre de centros e institutos de investigación, de laboratorios, de bibliotecas, de comedores; eliminación de becas, telefonía fija y móvil, internet, transporte estudiantil, y otros rubros que amenaza la vida institucional. Es el inicio del acabose de la universidad bicentenaria y la muerte de la emblemática y “cacareada autonomía universitaria” que solo sirve para expresar los gritos del miedo que ocultan la existencia de una agenda institucional sin contenido ni dirección con el país y su pueblo.

La razón se fue de vacaciones, pues lo que no se dice, lo que se oculta, es que en términos absolutos el

recorte ha sido de Bs 42.404.317,38 bolívares fuertes. Pero da la casualidad que el presupuesto no ejecutado del año 2008, lo que se conoce como “saldo inicial de caja,” es del orden de los Bs 53.053,786 bolívares fuertes. Si hay presupuesto del año anterior que no se gastó significa sencillamente que a la universidad le sobra presupuesto, no le alcanza el año para gastarlo. Entonces, la matemática elemental dice que a pesar del recorte del 6% al presupuesto del 2009, a la ULA le queda un remanente de más de 10.000 BsF, luego no faltan recursos ¿insuficiencia presupuestaria o ineficiencia en la administración de las finanzas universitarias?

En suma, la universidad se encuentra en la miseria, en la inopia, en la carencia extrema. Sin que nadie lo imaginara como posibilidad, hemos llegado a la Universidad de la miseria y no podemos menos que lamentar tan deplorable situación. ¿quienes lo han hecho, los conductores o los financistas?

Pero, como en las leyes de Murphy, llueve sobre mojado, porque a la miseria material de la universidad, y que con razón tantos dolientes tiene, se agrega otra miseria que sin calificar, identificamos como de orden inmaterial, quizás de naturaleza axiológica, tal vez una suerte de desquiciamiento de la “conciencia crítica”, un abandono de los principios que en el pasado sustentaron a la institución y que hoy, parece que la han abandonado. El cuadro de depresión de la institución tiene una doble vertiente. Por un lado una reducción de los ingresos producto de una generalizada situación internacional originada en el centro de poder mundial y que como un huracán nos arrastra a todos, y por otra parte, una descomposición que hace a la decencia y al decoro de la academia. ¿Cuál de las dos es más grave, más preocupante, más amenazadora? Nos atrevemos a pensar que la primera, la miseria material, por tener un alto componente imaginario, es posible solventarla. La segunda miseria es el resultado de una historia de compromisos de la institución de los satisfechos, de los privilegiados con el sostenimiento de sus privilegios, con el mantenimiento de un orden que le fue placentero en tanto que convertía a la institución en uno de los pilares de un sistema de poder junto a la Iglesia y a los partidos tradicionales del status, del establishment.

I

¿Cuáles son los hechos que avalan esta nueva miseria de la universidad?

El primero de ellos, y el más evidente, es la conversión que se ha hecho de la institución universitaria en el gran partido opositor, lo cual, de suyo, no sería para nada censurable, sino por el contrario, debería ser estimado como altamente positivo porque todos los partidos tienen una doctrina, abrazan un ideario, tienen un programa en



lo económico, social y político, adhieren a un cuerpo doctrinal. En el caso de la universidad, convertida en “partido” ninguno de los elementos esenciales que definen a las diferentes opciones ciudadanas en forma de partido, o interpretaciones de la realidad desde una parte, está presente. La conformación como partido de los universitarios se traduce en una heterogénea, híbrida e inestable alianza entre gajos y colgajos de militantes de diversas agrupaciones sin más norte, sin más orientación, sin más brújula que la de denostar contra el gobierno, hacer caso omiso de las políticas públicas en materia de educación y, a renglón seguido, alzar la voz para señalar que la universidad es ignorada y perseguida por la autoridad gubernamental. Convertida la universidad en partido político sin doctrina, sin utopía, sin imaginación de mundos posibles, su mirada unilateral, su visión sesgada solo logra ver el mal, el defecto, la imperfección en todas las decisiones gubernamentales. Bien distinto sería que la academia, frente a las políticas en materias de educación superior, por ejemplo, emitiera su voz serena, técnicamente elaborada, con aportes investigativos señalando las insuficiencias, deficiencias, limitaciones, desaciertos y consecuencias que la aplicación de aquéllas pudiera, eventualmente, traer a la nación. En tal caso, el aporte académico sería invaluable y a la autoridad gubernamental, si desea sostener sus posiciones, no le quedaría otra alternativa que entrar al debate constructivo, al debate de ideas. ¿Pedir este esfuerzo a la academia es excesivo? Tal podría y debería ser la contribución de una institución universitaria, pero como ocurre en estos tiempos, convertida en una agrupación cuyo norte es la diatriba, la descalificación, la omisión –en el caso del presupuesto es notoria– resulta un exabrupto, especialmente cuando la crispación política impide el uso de la razón.

II

Un segundo hecho. Deslizándose, cada vez con mayor aceleración por el inclinado tobogán opositor, el vértigo de la velocidad trepidante, impidió que se meditara serenamente respecto a decisiones de insospechadas consecuencias. Al calor de la sinrazón, la máxima autoridad colectiva de la institución, el Consejo Universitario, a iniciativas de su rector, tomó la decisión de servir de refugio y amparo para un estudiante que estaba siendo solicitado por la justicia ordinaria, por presuntas acciones delictivas. A tal extremo se llegó, que el Consejo Universitario, se trasladó en pleno hasta la Nunciatura del Vaticano en la capital, Caracas, donde se había refugiado, para proceder con todos los ornamentos y paramentos, con todo el ritual, a graduar al mismo estudiante solicitado por la justicia. Por arte de taumaturgia, por acción de duendes liberados de la lámpara, de la noche a la mañana, el estudiante cumplió con todos los requisitos para su graduación, práctica incluida. Si en verdad las acusaciones que se le hacían

al bachiller carecían de fundamento, respondían a retaliaciones políticas y, por lo tanto, faltaban elementos probatorios, entonces lo procedente, lo sensato, lo digno, lo inteligente, era haber asumido la defensa de un inocente perseguido político derribando, por su falacia, cada una de las acusaciones que se le endilgaban. Lejos de eso, procedió de la manera más torpe, más miope, más estrecha, al graduarlo sin tomar conciencia de que en ese acto se estaba sentando un precedente de funestas consecuencias para la Universidad de los Andes. Se destapó la caja de Pandora, y de ahora en adelante cualquier cosa puede suceder; el mito de la seriedad de la academia fue hecho añicos; se abrió una inédita forma no académica desde luego, para la obtención del título profesional; se creó un enclave no académico para legitimar actos académicos. ¿Por ejemplo, qué respuesta se les dará a los bachilleres que han cursado regularmente sus estudios y que por vencimiento en sus lapsos no han presentado su trabajo de grado?, ¿se les puede negar el grado? Deplorable decisión que ha colocado a la universidad en la peor situación que una institución bicentenaria puede caer: autodeslegitimarse, y con ello, ha empezado una labor de zapa para socavar sus bases esenciales. Como en *El ensayo* del premio Nobel José Saramago, la pandemia de ceguera ha hecho presa a la mayoría de los universitarios que en su nula visión no logran percibir que es necesario ponerse por encima de las coyunturas para mantener valores y principios que constituyen la sustancia de la institución. Cuando el tiempo, el implacable, haya transcurrido y los universitarios demos vuelta a la cara para mirar atrás, lo que veremos será un cuadro desolador al comprobar que la institución ha sido puesta al servicio de pequeños intereses grupales, e incluso, personales, como comprobado está cuando hemos sido testigo de la utilización de la universidad como trampolín para postulaciones políticas. Nadie puede criticar a nadie por ejercer su derecho a elegir y ser elegido, pero lo que sí es censurable, es utilizar a la institución y sus abundantes recursos como medio, como plataforma para alcanzar cargos o involucrarse como parte interesada en la diatriba política nacional. La universidad no es una institución indiferente ni asexual política, nunca lo será, pero su participación debe hacerse desde el equilibrio, la mesura, la ponderación y el buen juicio para que contribuyan en la búsqueda de las grandes soluciones del país y en su papel de máxima autoridad de la academia.

La parcialización a favor o en contra de una de las partes, atenta contra la pluralidad y la diferencia que define a la comunidad universitaria. En nombre de qué interés o de quienes, el Consejo Universitario y sus autoridades se definen y asumen como factores y actores de la política nacional ¿quién los autoriza institucionalmente?, o acaso, su actuación es personalísima. Si así lo fuese, entonces la universidad saldría gananciosa y también quienes asumen responsabilidades políticas a título individual.

III

Tercer hecho. Hace un par de escasos meses atrás, con estupor, presenciamos las violentas y sangrientas imágenes de una verdadera cacería humana que el ejército hebreo por mandato del Estado sionista descargaba sobre los habitantes de la franja de Gaza y Cisjordania. No eran combatientes los que estaban siendo víctimas,



sino inocentes niños, mujeres y ancianos que no podían huir, que se encontraban en total estado de indefensión. El estado sionista, como está acostumbrado, una vez más pasó por encima de todas las convenciones, de los mandatos de la ONU, de la ética de la guerra, porque aunque resulte paradójico, la guerra también tiene sus códigos éticos, permite ciertas acciones y condena otras. Por ejemplo, no se considera acto de guerra, la agresión a la población civil. Sin embargo, al igual que ayer, David Ben Gurión o Isaac Shamir, el primer ministro Ehud Olmer o el actual Benjamín Netanyahu, todos han procedido con la política de exterminio a sangre y fuego contra la población de Palestina. Curiosamente, las únicas personas que han tenido la voluntad, la decisión y la responsabilidad de gobernar buscando vías para el entendimiento y el diálogo entre árabes e israelíes, el rey Faisal y Shimon Peres respectivamente, fueron asesinados. ¿Qué mano siniestra se esconde detrás de estos homicidios?, ¿a quién le interesa la guerra?



El poder de fuego y la tecnología de punta que caracteriza a las fuerzas armadas israelíes, es incommensurable, solo comparable al de la primera potencia del mundo porque el estado sionista es el gran aliado del gobierno norteamericano en tanto

que cumple la función de guardián de los intereses petroleros de la potencia del norte en el Medio Oriente. Por eso es que el ataque del ejército israelí contra los palestinos resultaba infamante, denigrante para cualquier conciencia, por muy obnubilada que estuviera. Bien sabemos que no hay ningún inconveniente, censura o limitación para que Israel posea, incluso, armas de destrucción masiva, las mismas que impulsaron al gris ex mandatario de Estados Unidos a una invasión sobre Irak de la cual aún no logra salir airosa la nación del norte. Hoy se sabe que incluso, Israel posee bombas atómicas, pero si cualquier otra nación se atreve, en uso de su soberanía, a intentar su fabricación, la jauría encabezada por el líder norteamericano, la Organización de las Naciones Unidas, la Unión Europea, el Consejo de Seguridad, la Comisión de Energía Atómica, elevan su voz para protestar contra la amenaza a la paz. Los demás siempre amenazan a la paz, los que pertenecen al Club Atómico tienen bombas atómicas legales y de buenos sentimientos y son castas palomas que velan por la seguridad del planeta, a punta de sometimientos, explotación de recursos, exacción de riquezas, empleo de mano de obra barata, utilización de niños como trabajadores. Así se logra la paz... de los cementerios.



Ante el cuadro de tanto dolor y sufrimiento de infantes y mujeres palestinos que día a día nos mostraban las agencias internacionales, más los videos que circulaban por Internet, uno de los representantes profesoriales ante el Consejo Universitario, acudí a fuentes de insospechada ponderación y prudencia, pero sobre todo, por su especialización y consecuente dominio de la compleja situación del Medio Oriente para solicitarles propusieran una declaración pública para que la universidad la suscribiera. Fueron respetables académicos los que se encargaron de prepararla, era un pronunciamiento público de la Universidad tomando posición frente al genocidio que se estaba desarrollando. El texto fue escrito con mano de seda, con delicadeza, cuidando cada palabra y su significado, de manera de no inquietar a nadie, pues se tenía en claro que debía ser aprobado de manera unánime. La exigencia era elevada, sin embargo, el equipo de redacción la sorteó exitosamente según lo veremos en el texto que está a continuación de este escrito. Revisada, corregida y pulida, una y cien veces, el documento formalmente llegó al Consejo Universitario para que fuera sometido a su discusión. La máxima autoridad unipersonal, en una evidente maniobra de tauromaquia le hizo varias verónicas. Llegó incluso a decir por medios de comunicación que el Consejo Universitario discutiría una declaración pública en relación con la situación del Medio Oriente. En un par de oportunidades, con



la potestad que posee, incluyó el punto en agenda. Sin embargo, cada vez que llegó el momento de abrir el debate sobre la referida declaración, el Consejo la posponía sin tramitar razón ni premura ni urgencia, y así se fue difiriendo indefinidamente hasta que un día, sorprendentemente, se sometió a votación sin discusión –y eso por reclamo del proponente– ante la furia y molestia del señor rector.

El documento jamás fue transcrito ni reproducido en la agenda. Se conoció públicamente por interés e iniciativa del representante profesoral que osó presentar el borrador en una segunda versión del comunicado. La votación se realizó. No hubo discursos, ni argumentos, tampoco se dejaron oír posiciones. Un Consejo Universitario silencioso y autosilenciado alzó sus manos. Negada la proposición. El resultado: 10 votos a favor, 11 votos en contra. No hubo entrevistas por radio ni por tv. Adiós a la solidaridad que hizo historia en la ULA, quedaban atrás los documentos universitarios de solidaridad y las protestas en contra de la guerra de Vietnam, Camboya y Laos. Así mismo, los recuerdos históricos del mayo francés, el pronunciamiento antidemocrático del asalto pinochetista al Chile de Allende y Neruda, a la Argentina y sus 30.000 desaparecidos, las torturas y masacres de Brasil, Paraguay y Uruguay. También las expresiones de rabia e indefensión frente al asesinato de los estudiantes de la plaza de las tres gracias de México. Las invasiones gringas al continente americano, el allanamiento a la UCV en 1970, son historias recientes en la que la ULA dejó sentir su voz gallarda y solidaria. Eran otros tiempos, otra gente... otra universidad. Afortunadamente el país es otro.

La Universidad de los Andes desfiguró su esencia y razón de ser al negar la discusión de un documento solidario y el rechazo a su aprobación y publicación. Esta iniciativa no pretendía para el brutal genocidio contra palestinos, se trataba de incorporarnos a los gritos que sacudían al mundo solidario.

Aunque tibia, la presión internacional posibilitó que la escandalosa intervención hebrea, que horrorizaba a la opinión pública internacional, llegara a su fin. De manera sibilina, en lo que la autoridad ha considerado una brillante expresión de su inteligencia, la institución bicentenaria guardó el más ominoso silencio ante un



hecho que sublevaba a cualquier conciencia. Y esta es la miseria de la universidad, la que no tiene nombre, la que muestra el hosco, el insensible, el gélido sentir de quienes hoy la gobiernan. Ya pasaron los tiempos en que la universidad vibraba con los acontecimientos sociales en cualquier lugar del mundo y de cualquier signo. La disposición abierta, la amplitud de miradas, permitía que la casa que vencía a las sombras alzara su voz cuando una injusticia, un atropello, un atentado a la dignidad humana, se cometiera en nombre de la libertad o de la democracia. Había sensibilidad, había compromiso con el ser humano, la pequeñez y la mezquindad no encontraban suelo abonado para florecer. Hoy, lamentablemente, las cosas son diferentes. Ensimismada en su rol opositor, no trepida en acompañar con entusiasmo cualquier acto, manifestación o hecho que confronte al gobierno, quizás porque el fin justifica los medios.



La academia ha perdido su equilibrio, su dialéctica, no admite la síntesis, ha dejado de transitar por el “justo medio”, se refugió en los extremos, abandonó su equilibrio y se ha identificado con las más tenebrosas y reaccionarias tendencias; se ha sumado, sin proclamarlo, a los paros y a los intentos de golpe; ha servido de caja de resonancia para cuanto intento mediático se ha pretendido para provocar desestabilización, caos, ingobernabilidad. Rechaza cualquier posibilidad de reconciliación.

Ironía perversa de la universidad: mientras más despotica, maldice y reniega de la autoridad gubernamental y de sus decisiones más se va pareciendo al modelo que critica. Como si se tratara de una visión en espejo la imagen que pretende de los demás se devuelve sobre ella.

Sin tener mucha conciencia del tortuoso proceso vivido en la academia, hemos transitado de la universidad de la miseria a la miseria de la universidad.®

